

CARTA DE TIERRA ADENTRO

Santiago del Estero, Noviembre de 1935

Querido Robustiano Peones:

He leído en «La Vanguardia» del 10 de Noviembre la carta en la cual contás los consejos que me diste el día en que fuí a tomar unos mates con vos. No te reprocho que contés casi todo lo que vos me dijistes ese día y casi nada de lo que te dije yo. No te reprocho que desfigurés un poco lo que yo te conté para que parezca más sensato lo que vos me contaste. Me basta que quieras reconocer algunas buenas intenciones en nosotros los jóvenes para que me decida a que conversemos en público, a ver si con esto gana algo el Partido y la causa de los trabajadores que es lo que debe interesarnos a todos.

Siempre es un mérito para vos, viejo Robustiano, que has leído durante veinte años «La Vanguardia», reconocernos algunas cosas, aunque sólo sean buenas intenciones, y no decir, como otros dicen, que somos una tropa de mocitos maulas, de gauchos alzados del socialismo, que sólo pretendemos la destrucción del partido.

Vos hacés el elogio del diario, recordás sus «tiempos heroicos» y repetís varias veces que el diario es el Partido mismo, que dice lo que vos mismo dirías en cada caso. Es cierto que el diario dice lo mismo que vos. ¿Pero estás seguro de que dice lo mismo que piensan todos los otros mozos del Partido? ¿Estás seguro que dice todo lo que se dice y se piensa en el Partido? Porque si vos reconocés que somos muchos los que tenemos algo que decir en el Partido, justo sería que «La Vanguardia» nos dejara un rincón a todos nosotros, que somos muchos más de los que vos te imaginás.

Y sin embargo has de saber, que hay actos que realizan los Centros, y conferencias que resultan rebosantes de público, que en «La Vanguardia» no se anuncian ni se comentan, y otras que van en letra tan chiquita, tan perdidas en sus páginas, que hace falta tener vista de lince para descubrir las.

Hace unos días se realizó en mi pueblo un acto de Frente Popular, nosotros, que teníamos la iniciativa y que vimos rodeada la tribuna por un gentío entusiasta como no se había visto nunca en estos pagos, estábamos felices del éxito obtenido y enviamos una larga carta a «La Vanguardia» contándole todo lo que hablamos hecho ese día por el socialismo. Y sin embargo, o el correo funciona mal o los papeles andan muy embrollados en la mesa del compañero director, porque no se transcribió ni una palabra de todo eso.

Hasta me han dicho que hay orden en la redacción de borrar los nombres de algunos compañeros, como hacen en los diarios de mi pueblo cuando alguien ha caído en desgracia del comisario, o cuando la señora del director les tiene tirria. ¿Vos creés que eso puede ser cierto? ¿O serán cosas de los puebleros?

Nos has contao en esa carta, que yo te aseguré que todos nosotros trabajamos mucho por el Partido, que en el Centro todos los más jóvenes, que nos gusta leer la doctrina como les gustaba a ustedes hace veinte años, somos los que tratamos de un lao al otro pegando carteles y haciendo propaganda, mientras los otros sólo vienen de cuando en cuando a darnos consejos, a refunfuñar contra lo que hacemos nosotros y a ver si está al día el libro de actas.

Yo no sé lo que pretenden algunos de esos. Teníamos un grupo juvenil en el Centro, que era toda una promesa. ¿Querés creer que algunos de esos criticones les hicieron talmente imposible la vida, que todos esos muchachos se han desanimao y ya nadie consigue hacerlos volver al Centro?

No es para menos; cada vez que abrían la boca los pobres, ya empezaban los otros con lo de que: «ustedes debían callarse y escuchar, entrometidos», y mil cosas, parecidas a las que vos me dijiste a mí con mejor modo.

Fijate que uno de esos muchachos, que era uno de los más entusiastas, propuso un día que nos reuniéramos todos los viernes para leer y comentar el Manifiesto Comunista, y no faltó uno de esos afiliados de los de veinte años atrás, que se levantara furioso gritando que lo iba a hacer expulsar del partido, porque ahora había que leer manifiestos socialistas y no comunistas, y que como socialista proponía que se leyera la conferencia de un diputado del partido sobre Rivadavia...

Claro que con todo eso, hasta de votos vamos disminuyendo. Cuando los radicales hablan en sus discursos sobre Rivadavia parece que convencieran más a la gente que nosotros. Y claro pues, figuráte que aquí tenemos un sastre italiano y un farmacéutico español viejos afiliados muy meritorios pero que cuando hablan de Rivadavia hasta parece que pronunciaran mal el nombre...

Nosotros preferíamos hablarle a la gente del campo, de que el socialismo quiere sacarles la tierra a los patrones, por explotadores, y entregársela a los colonos y a las peonadas de las estancias.

A la gente le gustó mucho eso que nosotros decíamos, pero un día vino un compañero mandado por el Comité Ejecutivo y cuando le preguntaron algunos peones que para cuando era eso de la «socialización» de la tierra, el compañero les contestó que éramos un partido responsable y no demagógico, y que por ahora lo que les convenía era tener más hijos, para que se redujera el excedente exportable de carne y no tuviéramos que depender de la Inglaterra. Pero resulta que los peones apenas si tienen ellos para comer un poco de maíz pisado o un guascha loco, y en cuanto tengan más hijos se les van a morir todos de hambre.

Yo quiero Robustiano, que vos te des cuenta que con estos programas no vamos a ninguna parte. Ya aquí están ganando las elecciones a ponchazos, y yo no creo que haya diferencia entre las matracas que he leído empleaban los fascistas en Italia y Alemania y los rebencazos de los comisarios de este pago. Y con los telegramas a la Junta Electoral no hacemos nada, se nos ríen hasta en la oficina de correos.

Otro día te escribiré sobre esos libros extranjeros que parece que vos no querés leer.

Por ahora te digo que los de aquí estamos decididos a luchar con más decisión que antes, pero que creemos que para empezar tenemos que estudiar las bases y darnos un programa bien socialista, como ese de los obreros asturianos, y así convenceremos a la gente, que está ya muy hambreada para aceptar solamente las esperanzas de una «chacra hogar» que nunca les llega.

Saludos a la Griselda. Y avisame cuando querés que te lo amanse al rosillo. No sea que te lo vayan a sacar mañana los de allá. Te abraza.

Ciriaco Galíndez

Entusiasta fué la celebración de nuestro primer aniversario

«Izquierda» ha celebrado su primer aniversario. Un año de labor afirmativa, tesonera, por hacer de nuestra revista el órgano de expresión de la masa de afiliados que anhelan encontrar el camino para la lucha contra la reacción. Un año de acción tenaz, luchando contra todos los obstáculos que amenazaban a nuestra publicación, hasta conseguir llevarla a su primer aniversario con su tiraje triplicado. Un año de autocrítica y superación constante para que «Izquierda» fuese el intérprete fiel del pensamiento de una corriente poderosa que, dentro del partido, aspira a la unidad de la clase trabajadora en un sólido bloque que lleve victoriosamente la lucha contra la invasión imperialista y el fascismo. Un año, en fin, de labor firme que nos ha permitido extender la zona de influencia de nuestra revista por todo el país, recibiendo constantemente la solidaridad de cientos de afiliados que en cada localidad en la que existe un grupo socialista, difunden nuestra publicación, que es recibida con la simpatía general del movimiento obrero y socialista.

La celebración de nuestro primer aniversario debía ser la expresión fiel de ese estado de ánimo. Por vez primera se congregaron nuestros amigos y colaboradores, convocados por el comité de redacción, en una reunión que habría de servirnos para apreciar todo el cariño que un importante sector de la capital siente por la revista que es la expresión fiel de su pensamiento.

Todos los cálculos han resultado mezquinos frente a la realidad. La vasta sala de la Colonia Italiana resultó estrecha para contener a entusiastas camaradas, que desde temprano fueron ocupando todos los lugares disponibles, en un ambiente de camaradería y cordialidad difícilmente superable. En el frente de la sala, sobre la cabecera adornada con flores rojas, un retrato de Carlos Marx envuelto en los pliegues de la bandera internacional de los trabajadores. No era necesario otro decorado. Sencillo en su forma y extraordinariamente grande en su contenido, «Izquierda» rendía en esta forma su homenaje al gran maestro del socialismo científico, de cuyas ideas somos intérpretes fieles y vigorosos, dispuestos a llevarlas a la realidad.

Mucho antes de la hora indicada para la iniciación de la comida, ya estaban todos los sitios ocupados y fueron numerosos los compañeros que debieron tomar ubicación en la mesa tendida en el patio.

Viejos militantes, como Rosaenz, fundador del partido, que presidió el acto, y jóvenes de la más nueva generación de afiliados. Militantes obreros de destacada actuación en sus sindicatos y, junto a ellos, estudiantes, intelectuales y profesionales. Y poniendo una nota simpática plena de belleza, numerosas compañeras que unieron sus voces a las de los trabajadores cuando las notas de «La Internacional» se elevaron henchidas de emoción, expresando el ideal hermoso que hermanaba a los allí reunidos. Allí es-

taba lo más entusiasta del movimiento socialista de la capital que había ido a testimoniar su adhesión y su identidad de pensamiento con «Izquierda», que cumplía su primer año de vida.

Eran más de cuatrocientos congregados por un mismo ideal e idéntico estado de espíritu. Eran más de cuatrocientos hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que con igual entusiasmo que no decayó un sólo instante, coreaban gritos vibrantes por «Izquierda» y por la unidad de la clase obrera,

Y a los hurras y vivas por el frente único y el frente popular, a las expresiones de solidaridad con las víctimas del fascismo, a las frases ingeniosas contra la «sección especial contra el comunismo» a los vivas por Largo Caballero y Thaelmann, los dos líderes revolucionarios encarcelados, seguían los himnos obreros entonados con fervorosa unión.

Nuestro lenguaje resulta pobre para dar una impresión exacta del ambiente en que la comida se desarrolló. Finalmente, se iniciaron los discursos. Habló primero Araújo Alfaro, quien explicó los progresos de la revista en su primer año de vida y señaló el magnífico camino de lucha que la esperaba. Luego el viejo Rosaenz, el abuelo de la izquierda socialista, saludado con aplausos entusiastas, después Montenegro, secretario de la F.O.G.R.A., enseguida Fiorini, recibido con toda la simpatía que por él se tiene en el movimiento y, finalmente, tras emotivas palabras de Rosa Scheiner, Marianetti, cuya exposición sobre el camino recorrido por la izquierda, sus triunfos internos y externos, las perspectivas que depara la ruta emprendida, y su declaración terminante sobre la necesidad de llegar a la unidad obrera, como base para el frente popular, fueron recibidas con una cerrada ovación.

Hemos salido de la comida con que celebramos nuestro aniversario, más dispuestos que nunca a proseguir con energías acrecentadas el trabajo por «Izquierda». Hemos comprendido que nos acompaña toda la simpatía y la solidaridad de viejos y jóvenes militantes que constituyen la vanguardia del partido. Nos ha emocionado constatar que a un año de nuestra aparición, se ha agrupado a nuestro alrededor los más combativos del movimiento socialista argentino, sin que influyese para nada la lucha no siempre abierta y leal emprendida contra nosotros.

Redoblabamos nuestros esfuerzos, y pronto «Izquierda» adquirirá importancia determinante en el plano de las luchas por la liberación nacional y su voz será escuchada por millares de obreros, campesinos y estudiantes, que cada día se incorporan más firmemente a la lucha contra el imperialismo y el fascismo.

Vaya finalmente nuestro agradecimiento a los militantes de la Federación Obrera Gastronómica Regional Argentina que trabajaron gratuitamente y luego donaron al Socorro Rojo, para ser enviada a los presos sociales, una suma importante que recolectaron.